

El Nuevo Panorama del Mundo

Por L. L. BERNARD. Profesor de la Washington University. Saint Louis, U. S. A. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción de Angela Müller Montiel.

PARA muchos de nosotros es difícil comprender que vivimos en un mundo completamente distinto al que nos pintan los libros de historia. La mayoría de los historiadores han sido dejados atrás por los últimos descubrimientos de la sociología, la economía, la ciencia política y la ética, ya que no han podido adquirir la visión necesaria para concebir al mundo como un complejo de relaciones sociales abstractas interpretadas por ideologías igualmente abstractas y controladas por enormes maquinarias de propaganda. La mayor parte de los historiadores todavía piensan en términos de relaciones primarias de grupos y del interjuego de las actitudes personales y propósitos de unos cuantos líderes notables. Es de temerse que no vean con claridad las vastas corrientes demográficas y económicas que dominan el mundo moderno y que están imponiendo a la humanidad un nuevo tipo de política dirigida hacia una economía continental y mundial y a enormes entidades sociales. El historiador común todavía pronuncia la palabra "imperialismo" en voz baja, temeroso del censor semioculto que siempre está listo para proteger a la juventud del país de toda contaminación obscena. Las fuerzas internas causantes de los movimientos mundiales quedan casi siempre fuera del alcance de su miope visión personalista. No es pues de extrañar, que nuestros colegas concedan aun la preferencia a los chismes literarios sobre los cursos de organización y control social. Para

muchos rectores y profesores el análisis de un verbo resulta todavía más importante que el análisis del sistema social.

Pero el mundo ha cambiado, aun cuando la historia y la educación académicas no reconozcan la importancia de su análisis social. Este cambio es tan profundo que amenaza con crear una nueva política y un nuevo orden de poderes, una nueva teología y una ética transformada. Si no son comprendidos a tiempo por los hombres de ideas rancias que manejan nuestras instituciones educativas y religiosas y planean nuestro futuro político, estos cambios subterráneos pueden originar un desastre mundial. En ciertos círculos se ha hablado ya mucho de la influencia de la nueva tecnología de la comunicación y los transportes sobre la seguridad nacional y sobre la inmanencia de la guerra y la conquista internacional. Todo eso es completamente cierto y no debe olvidarse. Tiene que enseñarse hasta en las escuelas primarias y debe ser un tema de discusión para los foros de adultos que hay en nuestro país, ya sean grandes o pequeños. Debe penetrar a través de la dura concha de los sermones y de los cursos de religión en las escuelas dominicales, que hasta ahora han estado realizándose generalmente desde el limitado punto de vista de las relaciones personales de una edad arcaica. Mientras más pronto se de cuenta el pueblo de que el comercio moderno, lo mismo que la guerra y la propaganda se han convertido en actividades planetarias manejadas por grupos de poderes de ideología agresiva, mayores serán nuestras probabilidades de sobrevivir, para no hablar de impedir la Tercera Guerra Mundial y las otras guerras mundiales que se presenten en el futuro.

Pero la nueva tecnología y sus consecuencias de alcance mundial no son toda la base del problema. La ciencia médica, la sanidad, la higiene y el humanitarismo moderno, que han hecho tanto para mejorar las condiciones del mundo, ahora amenazan con hacerlo inseguro. Desde luego que esa no ha sido su intención. Y, si los médicos, higienistas y filántropos pudieran contar con un desarrollo igual al de sus actividades en el campo del conocimiento de las condiciones sociológicas de la vida comunal en este planeta y confiar en su difusión general entre todos los habitantes del mundo, sus conocimientos serían para el mayor beneficio de la humanidad. Pero la verdad es que no hemos difundido el conocimiento sociológico acerca de la manera de vivir juntos, con el mismo éxito con que hemos enseñado la ciencia médica, la tecnología y los ideales humanitarios. Es un hecho curioso, que ilustra la poca visión de los hombres, el que muchos de los más vigorosos abogados de la difusión

universal de la ciencia médica y del idealismo humanitario se encuentren entre los más encarnizados oponentes de la educación sociológica general. Todas las formas de ilustración, excepto tal vez la sociología, son altamente especializadas y muy frecuentemente sectaristas. Digo sectaristas en el sentido del celo con que tratan de imponer sus propios puntos de vista y destruir los que consideran rivales.

Difícilmente podríamos encontrar un ejemplo más claro de esta concepción parroquial de las ciencias que el fracaso de los religiosos humanistas, economistas, políticos y médicos para comprender la significación finalmente desfavorable de la ciencia médica para el mejoramiento social, a menos que el aumento de población producido por el control de la medicina moderna sobre las enfermedades infecciosas, sea balanceado por alguna forma de control efectivo en las relaciones de la población y los medios de subsistencia. Estamos llenando al mundo rápidamente con más bocas y estómagos hambrientos de los que puede alimentar la agricultura moderna y con más cuerpos de los que puede proteger y vestir la industria. Y, lo que es peor, nunca podremos alimentar, vestir y alojar a las enormes masas de seres humanos que se están acumulando en este mundo, sobre la base del orden social tradicional. El sistema de ganancias privadas no puede producir y distribuir los artículos necesarios para la subsistencia del mundo, porque considera la ganancia por encima del beneficio humano y porque ningún orden económico podrá sostener a todas las personas que nazcan si no existe algún control en las cifras de natalidad. El religioso ortodoxo que se preocupa más de las almas que de los cuerpos, pero que, sin embargo, alienta la producción de cuerpos en los que se alojan, aunque sea miserablemente, las almas, no quiere oír hablar de ninguna limitación de las cifras de natalidad. El economista que quiere emitir bonos que sean liquidados por las futuras generaciones, o el político que encuentra algún provecho personal en los contratos públicos, la empresa que sabe que una superabundancia de trabajadores significa salarios bajos en la industria o el militarista profesional que necesita más carne de cañón, se unen con los directores de almas en la oposición a la limitación del número de bocas que hay que alimentar.

Para llenar los estómagos vacíos hay que hacer muchos sacrificios. En los países agrícolas, el pueblo es obligado a plantar o a morir. Sus productos se ven gravados con un impuesto no sólo por parte del gobierno, sino también por los que mueven el mercado y fijan los precios a que los agricultores tienen que vender y comprar, con objeto de que el sistema

urbano siga funcionando. En otros países, donde los terrenos agrícolas son pocos, pero donde hay, en cambio oportunidades comerciales e industriales, se busca otro medio de llenar las bocas. Estos países de los cuales son buenos ejemplos Inglaterra, Alemania y el Japón, se vuelven superindustrializados. Esto es, no sólo producen suficientes artículos manufacturados para sus propias necesidades, sino que producen para vender en el extranjero y con el producto de dicha venta comprar los alimentos que no pueden tener en casa.

Sin embargo, no debemos suponer que estos países superindustrializados desarrollan su maquinaria económica con el único y benévolo objeto de alimentar su excedente de bocas. El principal fin de los industriales y de los comerciantes en el extranjero es obtener una ganancia personal. Estos, junto con los banqueros, constituyen el corazón del sistema capitalista. Compran alimentos en el exterior para sus trabajadores, no porque les de pena ver a los pobres hambrientos, sino porque los pobres no pueden trabajar si no comen y la industria y el comercio necesitan obreros. Pero tienen mucho cuidado de gastar lo menos que pueden en alimentar a los pobres, procurando, al contrario, ganar con ello y ganando de hecho, en dos formas. Por un lado, pagan salarios bajos y, por otro, elevan el precio de los alimentos, en la misma forma en que los que dirigen el mercado explotan a los campesinos que van y vienen, haciéndolos vender sus productos baratos y vendiéndoles caro lo que ellos necesitan.

Los historiadores dicen poco de los movimientos económicos, políticos, sociales y éticos surgidos del industrialismo y del comercialismo que se acaban de describir. Todavía piensan y escriben como si fueran los generales, diplomáticos, ministros, reyes y presidentes los que hicieran y manejaran nuestro mundo. Pero, no obstante, estas tremendas fuerzas están dejando ya sentir sus efectos. La técnica de las comunicaciones y los transportes ha reducido el amplio mundo al tamaño de una tierra de pigmeos en menos de cien años. La medicina lo ha llenado de una masa de seres humanos cuyas condiciones de vida son cada vez menos satisfactorias debido a la mayor duración que alcanza ahora la vida, y que obstruye el camino a los jóvenes. La separación de las masas de la propiedad de la tierra y de las casas y las condiciones artificiales en las que produce, en medio de un vacío social e intelectual, por decirlo así, han hecho que el cinismo y la indiferencia es extiendan hasta la juventud. Las nuevas generaciones ignoran o se burlan de la antigua religión. Viviendo al día y sin ninguna propiedad, tiene poco respeto por el antiguo patriotismo que se

enraizaba en el suelo, el suelo de la patria. Como desconocen los principios sociológicos, ignoran la interdependencia social y van demasiado lejos en el sentido de los ideales de goce subjetivo e individualista. En este aspecto, se asemejan a la nobleza francesa del siglo dieciocho, inconsciente y libre de las responsabilidades personales relacionadas con su subsistencia. Como no se les ha enseñado la nueva disciplina de la ciencia que podría reemplazar a la antigua disciplina de la tradición teocrática que parece irrevocablemente perdida, carecen de freno. Sin una visión de las relaciones más abstractas del sistema social en que viven, pero del que no son parte conscientes, no están equipados para el ejercicio del control social constructivo. Con dicho material no es posible formar un mundo mejor. Hasta que nuestro sistema educativo pueda darles la dirección intelectual y el sistema religioso, la emocional, que son necesarias para una sociedad que esté en armonía con las nuevas condiciones bajo las cuales vivimos, no podemos esperar más que una serie de movimientos sin propósito, en vez de un curso recto y firme dirigido por la Estrella Polar del objetivo inteligente.

¿Pero en qué dirección nos movemos en este momento del tiempo? Esta pregunta no es tan difícil de responder como parece. Los países superindustrializados y superpoblados, han fijado el tono de las relaciones internacionales, de la misma manera que el sistema supercomercializado de las relaciones comunales ha determinado los valores privados de la vida moderna. La competencia individual, en el campo de las satisfacciones personales y los valores económicos materiales, dominan los fines privados. El imperialismo da la pauta en las relaciones internacionales. Y tanto la economía como la política modernas, son principalmente internacionales puesto que precisamente los mayores provechos son los que se obtienen con las actividades internacionales y la tecnología moderna ha hecho posible que se logren dichos provechos. Este culto reinante al imperialismo domina la vida política del mundo moderno. Se inició a través de la persecución de la ganancia económica, primero, por la desvergonzada explotación de los españoles y portugueses a la riqueza acumulada por las razas nativas y, después, por la explotación de los ingleses y holandeses al comercio mundial. Todos ellos fundaron colonias dependencias (ahora mandatos) y esferas de influencia indispensables a sus propósitos predatorios. Todavía son necesarios estos auxiliares políticos para la explotación imperialista, pero, en nuestros días, el imperialismo ha agregado la técnica de las inversiones y préstamos en el extranjero, a la antigua técnica política comercial. Después de que se ha apoderado de

los mercados y de la economía de pueblos inferiores, el imperialismo comienza a invadir la soberanía de los pueblos iguales y las dos guerras mundiales han sido guerras de conquista entre rivales y no simplemente de subyugación de pueblos nativos.

Mientras el motivo provecho, trabajando a través del nuevo orden social burgués, ha creado la razón de este imperialismo omnipresente, la superpoblación de algunos países que es ya superior a su superindustrialización, ha proporcionado la excusa. Así, la Gran Bretaña, dice con toda franqueza que no puede alimentar a sus cuarenta millones de habitantes, a menos que conserve su Imperio, junto con todas las ventajas comerciales, industriales y financieras que se derivan de él. Por eso, en defensa de sus posesiones imperiales empuja a sus estados semi-independientes a guerras mundiales que no les afectarían directamente si no se metieran. Italia, Alemania y Japón alentaron ardientemente la producción de mayor número de habitantes con el objeto de que sirvieran como soldados en la conquista de imperios mayores, cuya justificación, ante el pueblo, era la obtención de un *Lebensraum* mayor, aunque en la realidad, sólo tenían por objeto aumentar la riqueza de sus magnates financieros, industriales y comerciales. Rusia, aunque tiene suficiente tierra para sus actuales necesidades alimenticias, carece de puertos y de acceso a los mercados mundiales. Quiere desarrollarse industrial y comercialmente para dejar de depender exclusivamente de su economía agrícola. Esto sólo lo podrá lograr a través de conquistas y expansiones imperialistas. Los Estados Unidos tienen —o tenían—, puertos, reservas naturales, industrias, comercio y agricultura, en fin, todo el equipo de una economía completa dentro de casa. Por eso nunca tuvieron necesidad de desarrollar una política completamente imperialista, aunque de tiempo en tiempo, han emprendido ataques en este sentido, especialmente contra “sus buenos vecinos de Latinoamérica”. Lo que harán en el futuro, ahora que han consumido la mayor parte de su petróleo, hierro, cobre y otros recursos inorgánicos en la actual guerra, todavía no se sabe.

Estos pues, son los factores que han cambiado la estructura política y social de nuestra época y nos han impuesto, impreparados como estábamos, un nuevo mundo que nuestro sistema educativo todavía no ha comprendido, para el cual nuestro sistema ético-religioso no ha encontrado nuevas sanciones y al que nuestro sistema político todavía no se ha podido adaptar. La tecnología ha reducido al mundo al tamaño de una pequeña isla sobre la que el ojo moderno puede ejercer un control absoluto y a tra-

vés de la cual nuestros medios de transporte puede llevarnos en un día o dos. Otra forma de tecnología ha vencido las enfermedades y ha aumentado la población del mundo a tal punto que ejerce ya una presión peligrosa sobre los recursos naturales. Y todavía otras tecnologías han desarrollado la industria y el comercio tanto que la búsqueda a través de la tierra, de materias primas, mercados y oportunidades por invertir el excedente de capital se ha hecho más insistente que la búsqueda de alimentos para los billones de bocas humanas. Todos estos factores han impuesto al mundo una economía dominante y una política de imperialismo. La vida repentinamente se ha vuelto internacional en vez de nacional o local como era antes. Estamos completamente impreparados, tanto por la educación, la moral y la experiencia política, como por nuestras concepciones religiosas y sociales, para encauzar la vida en este nuevo mundo. Y, no obstante, la necesidad de lograr un rápido y efectivo ajustamiento es urgente y apremiante. Consideremos ahora cuál sería la naturaleza de dicho ajustamiento.

Si la construcción de imperios es el orden político que domina en la actualidad, ¿cuál será la naturaleza de dichos imperios? En primer lugar, tienen que ser, inmediatamente continentales. Y, después, pueden llegar a abarcar todo el mundo. Hasta ahora, hemos llegado a la etapa de los imperios continentales porque el equipo militar mecanizado ha reemplazado a los caballos y a las piernas humanas en el transporte de los soldados de las ramas y abastecimientos necesarios. Hombres, alimentos, municiones y hospitales, no sólo se mueven con ruedas, sino que se trasladan con motores. Enormes ejércitos de millones de hombres pueden ahora cubrir un continente con la misma facilidad con que antiguamente los ejércitos de miles ocupaban un pequeño país. La fuerza aérea ha agregado una tercera dimensión a la guerra, que sirve para seguir los movimientos del enemigo y para llevar la destrucción a extensas áreas. Puesto que los intereses económicos, como ya se indicó arriba, se han hecho internacionales, no es lógico que la organización política que sostienen no se esfuerce por ir tan lejos como pueda en la misma dirección. Hasta ahora, los límites oceánicos de los continentes son las barreras más estables para los imperios, puesto que, por lo pronto, los mares no han sido tan completamente sometidos por la tecnología como la tierra. Pero, al fin, los mares cesarán probablemente de ser barreras efectivas para los imperios y entonces surgirá el estado mundial. Hitler ya intentó esto, aunque fracasó. Posiblemente Rusia está tratando de construir un imperio continental. Es posible que sea

suficientemente prudente para no arriesgarse por lo menos en un siglo, a intentar la conquista de un imperio mundial.

Así pues, no hay otra forma en la que pueda considerarse el imperio moderno. Los imperios antiguos fueron relativamente locales. La tecnología no había avanzado tanto todavía que pudiera olvidarse de lo que consideramos generalmente como barreras geográficas. Los imperios asirio y babilónico no fueron nunca completamente sometidos. Similarmente, el Imperio Egipcio, nunca pudo alejarse mucho de la influencia del Nilo. Cuando el imperio persa intentó cruzar desiertos, mares y montañas, se condenó a muerte por las heridas que recibió en sus extremidades. El imperio de Alejandro duró solamente mientras no se acabó el dinero acumulado por Filipo y por el propio Alejandro, y se pudo, con ese medio mantener unidas las fuerzas. Roma tuvo más suerte, porque se levantó sobre la mayor ruta comercial y militar de la antigüedad, el Mediterráneo, pero también pereció cuando quiso extenderse demasiado lejos. La vida de los imperios español y portugués, ya en los tiempos modernos, fué cegada por los corsarios ingleses y por la competencia del comercio holandés. El imperio de Napoleón se hundió porque le faltaron suficientes fuerzas humanas y medios de transporte. Estas limitaciones ya no estorban actualmente a los imperios continentales. La tecnología proporciona el transporte y domina así las barreras geográficas. Tampoco se carece de los alimentos, abastecimientos y municiones necesarios para sostener operaciones gigantescas. La fuerza humana, tanto para la lucha como para la producción militar, tampoco escasea, debido al aumento de población que ya se ha mencionado. El camino está abierto. Los móviles son activos. Los imperios continentales tienen que presentarse.

Ya tenemos dos tipos de imperios modernos, en una franca competencia entre sí. Uno, es el extenso o limitado imperio mundial de los británicos, franceses, holandeses, españoles, portugueses y alemanes, todos de tipo colonial. Este tipo parece que se encuentra en una decadencia irremediable. Los imperios coloniales de los españoles y alemanes han desaparecido prácticamente. El imperio portugués sería ya insignificante, si no fuera por la nueva vida que le infundió la adquisición de otras posesiones en Africa, durante el siglo XIX. Los imperios holandés, francés e inglés, se encuentran en diferentes etapas de disolución. La línea vital que conecta todas las partes de este tipo de imperio colonial o pseudo mundial es tan larga, que puede ser fácilmente rota por las potencias rivales que están en el camino. Ahora, parece que el Imperio Británico está

a punto de emprender una lucha a muerte con otro imperio competidor, Rusia, con objeto de proteger sus líneas marítimas que lo comunican con diversas colonias que posee en el oriente. Después de haberse librado, con la ayuda de los Estados Unidos, de los ataques mortales que le lanzaron Italia y Alemania, ahora se encuentra frente a frente con otro imperio mucho más poderoso que él. Este imperio no es colonial, sino continental. La lucha, si se efectúa con toda la fuerza de ambos contendientes, no puede ser pareja. Los recursos y la posición geográfica de Rusia, son demasiado extensos y están muy bien consolidados para que puedan ser combatidos con éxito por la fuerza desperdigada de los ingleses.

Rusia será la potencia más fuerte del mundo como resultado de esta guerra y nosotros hemos contribuído más que cualquiera otra nación a que fortalezca su posición. Hitler sabía, aunque las otras potencias no se dieran cuenta, que la guerra cambia profundamente la posición relativa de las naciones. Seis años de guerra han hecho más para industrializar a Rusia que lo que hubieran podido hacer cincuenta años de paz. Rusia no necesitaba más que la industrialización y una amplia salida a los mares para convertirse en la potencia más grande del mundo. Tiene la población, los recursos naturales especialmente hierro, carbón y petróleo y tiene el territorio. Después de esta guerra, les guste o no les guste a las otras potencias, tendrá salida al Atlántico y al Pacífico y libre acceso al Mediterráneo. Hasta ahora habíamos tenido nosotros la mejor posición geográfica del mundo. Con frente a dos océanos, con el Canal de Panamá, como medio de enlace, con nuestras vastas regiones agrícolas y nuestra gran población, casi nos habíamos convertido en el principal centro industrial comercial y financiero del mundo, cuando comenzó la guerra. Ahora, toda ha cambiado.

Estas mismas características de grandeza nacional, en forma actual o potencial, se encuentran en Rusia, todavía más marcadas que en nuestro país. Posee el corazón de Eurasia por el cual luchó Hitler. Es la mayor unidad agrícola del mundo, capaz ella sola de alimentar a la mayor población. Nosotros hemos facilitado a Rusia y a la Gran Bretaña, bajo los términos de préstamos y arrendamientos, la crema de nuestras existencias en petróleo y hierro, además de que hemos gastado la mayor parte de nuestro equipo militar. Después de la guerra, Rusia será más rica en estos dos materiales esenciales para la industria y para el poder militar que nosotros o que cualquier otro país del mundo. Su fuerza humana, a pesar de sus pérdidas, todavía es lo doble que la nuestra. Con el acceso

que seguramente logrará a los océanos estará más cerca que nosotros de las fuentes de abastecimientos de materias primas y de los mercados del mundo. Tendrá, además, una mano de obra mucho más barata y manejable de lo que nosotros podemos soñar nunca en poseer. En muchos aspectos, seremos una nación mendiga. Tendremos que mantenernos en los mejores términos con Brasil para poder obtener todo el hierro que necesitamos y, con Venezuela y México, para el petróleo. La única alternativa que nos quedaría para no caer en una diplomacia de halagos, sería la conquista de esas reservas de recursos naturales, política imperialista que debemos evitar. Todos esos países quieren industrializarse y convertirse así en rivales comerciales de los Estados Unidos. Muy al contrario de lo que esperábamos, la guerra que convirtió a Rusia en la primera potencia del mundo, nos ha dejado en una posición secundaria y nos ha condenado a una decadencia continua, aunque lenta.

Pero los resultados será todavía más desastrosos para la Gran Bretaña. Tendrá mucha suerte si no queda reducida simplemente a su posición insular o a ser un apéndice europeo del amo del continente. Estoy seguro de que esta afirmación será violentamente refutada, especialmente por los anglófilos. Pero creo que los ingleses sí se dan cuenta del peligro. Dentro de un cuarto de siglo, si no es que antes, Rusia seguramente dominará toda Europa. Ya se encuentran en su poder la mayor parte de los Balcanes y casi toda la Europa oriental. Francia ha sellado una amistosa alianza con ella, la que, en última instancia, resultará ser un pacto poco amistoso para la Gran Bretaña. Inglaterra está haciendo francos esfuerzos imperialistas para asegurarse un cierto dominio en Bélgica, Holanda, España y Portugal. Al mismo tiempo, está aplicando su política imperialista para no sacar la mano de la Italia del norte, de Yugoslavia, de Grecia y de Asia Menor. Sus esfuerzos para controlar la Pan-Arabia, Grecia, Italia y España, a fin de oponerlas a la marcha de Rusia hacia el Mediterráneo y hacia los campos petroleros del suroeste de Asia por medio de una alianza de reacción antidemocrática en esos países, fracasarán al fin, a menos que Rusia se haga más reaccionaria económica y políticamente, que los intereses locales que la Gran Bretaña apoya. En la actualidad los traicionados intereses democráticos de esos países escogidos para cojinetes amortiguadores, han vuelto los ojos a Rusia a fin de que los libre de sus mandatarios explotadores, sostenidos por Inglaterra. La inmensa tragedia de Inglaterra consiste en que, ni ella ni los Estados Unidos, constituyen el refugio de la democracia, sino Rusia. Al final, las masas acabarán por derrocar a sus

opresores, con o sin la ayuda de Rusia. En esta forma, Inglaterra y Rusia se han convertido en competidoras por el control del Mediterráneo y por el dominio político y económico del Asia Meridional y en esa lucha, es fácil advertir las ventajas geográficas y políticas de que dispone Rusia.

Inglaterra tiene una sola esperanza de sobrevivir como gran potencia en la lucha por los imperios continentales que seguirá a la guerra. Ella se da cuenta, mejor que nosotros, de que esa esperanza tiene como base una alianza con los Estados Unidos. La propaganda para dicha alianza se inició desde antes de la guerra. En una manera informal y temporal ya se ha consumado. Por medio del Embajador americano en Londres, Page, Woodrow Wilson fué persuadido de que debía acudir en auxilio de Inglaterra en la primera guerra mundial. ¿Duda alguien de la significación de la visita que hizo Jorge VI a la Casa Blanca, antes de la segunda guerra mundial? Si alguien dudara, la activa política que siguió el Presidente Roosevelt, después de dicha visita, debería abrirle los ojos. Nosotros entramos a la guerra, aunque no oficialmente, en la primavera de 1940 y, oficialmente, a fines de 1941. Las diversas proposiciones y planes para una "Unión de emergencia" están dirigidos a la creación de una opinión pública que apoyara una continuación permanente y amplia de los vínculos diplomáticos entre los dos países, ya establecidos secretamente. En dicha publicidad se alegaba en favor de la mencionada alianza, el hecho de nuestra cultura y nuestros intereses comunes. Se nos dice que la Gran Bretaña es nuestra mejor y mayor frontera de defensa contra la invasión europea de América y que por eso nosotros, debemos ayudarla a mantener sus propias fronteras. Quizá el más poderoso argumento esgrimido en favor de dicha alianza, aunque no se mencione por razones obvias, es la gran cantidad de capital americano invertido en territorios británicos.

La alianza entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña puede asumir dos formas distintas. Puede ser una simple legalización por medio de un tratado público o en otra forma, de las relaciones actuales, continuadas ya a través de dos guerras mundiales y que consisten en el apoyo americano al Imperio Británico sin recibir, en cambio, ninguna compensación equivalente a nuestro favor. Probablemente esta sería la forma preferida por los británicos, puesto que no les cuesta nada y deja su soberanía intacta. Ya hemos gastado varios cientos de billones de dólares en esta protección de la independencia británica y en ayudar a Rusia a convertirse en la primera potencia del mundo, mientras que nosotros nos hemos colocado en un segundo lugar entre las naciones. Los intereses industriales,

financieros y comerciales de Inglaterra, demandarán probablemente, tantos sacrificios de nuestra parte, para poder levantarse de nuevo, que la antigua política semisecreta de sostenimiento del Imperio Británico, tendrá que ser abandonada por Washington. Los republicanos, apoyados por el pueblo, seguramente que se cuidarán de ello. Y además, después de esta guerra careceremos del hierro y del petróleo necesarios para sostener otra guerra en Europa en defensa de Inglaterra. Por otra parte, nuestra deuda nacional será tan grande, —casi igual a la de todos los otros países juntos—, que no podremos financiar otra guerra con la misma generosidad. Una de las tragedias de esta guerra es que los países derrotados pueden comenzar de nuevo frescos y sin deudas nacionales, pues las anteriores no serán reconocidas. Rusia ha tenido mucho cuidado de no acumular una deuda nacional que pueda compararse en monto a la nuestra. Nosotros hemos pagado una gran parte de sus gastos y de los de Inglaterra. La deuda de Inglaterra tampoco se iguala a la nuestra. De todo eso se deduce una cosa cierta: ya no podremos, por mucho tiempo, estar protegiendo gratis ni a la Gran Bretaña ni a ningún otro país. Además, la gran depresión que Inglaterra cree que nos espera después de esta guerra, será un resultado de nuestros gastos inconscientes y de nuestros despilfarros económicos durante la guerra.

La otra posibilidad en la alianza de seguridad entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos consiste en una especie de control político de conjunto sobre los Estados Unidos y el Imperio Británico. La mayor parte de los dominios británicos es probable que reciban muy bien la idea de la federación con los Estados Unidos y, hasta sería factible que el centro de control quedara en Washington. Pero, la propia Inglaterra, aceptaría este arreglo solamente como último recurso. Hará todo lo que pueda por conservar, completo y firme el control sobre su Imperio y para preservar su monarquía y su clase dominante. Sus clases financieras, industriales y comerciales se opondrían también a cualquiera absorción dentro de un sistema presidido por los Estados Unidos. La mayor parte del pueblo americano también se opondría a una federación de los dos imperios. Pero, los intereses dominantes, tanto políticos como económicos, de este país, probablemente sí la aprobarían, especialmente si pudiera arreglarse de acuerdo con sus planes. Si dicha alianza llega a realizarse será únicamente cuando la situación de la Gran Bretaña como soberanía independiente, sea ya insostenible. Con la difusión de la influencia rusa, cada vez más hacia el occidente,

hasta que llegue al Atlántico, la Gran Bretaña puede verse obligada a buscar cualquier clase de alianza con los Estados Unidos, con tal de que la protejan. Nadie que esté al tanto de las actuales tendencias económicas y políticas del mundo, tal como se han presentado en este artículo, puede dudar razonablemente de la inminencia de dicha crisis. Es posible que esté todavía a varias décadas de distancia, pero es casi seguro que vendrá. La actual política de Rusia deja pocas dudas al respecto.

Entretanto Inglaterra, con o sin el consentimiento y la ayuda de los Estados Unidos, puede buscar otra solución al problema de su independencia en Europa. Quizá actualmente esté ya ensayando esa otra solución. Si los gobiernos de Inglaterra y de Estados Unidos se convencen de que Rusia quiere dominar toda Europa, cortar la línea del Imperio Británico —línea que va a través del Mediterráneo— y absorber Asia, es decir, llevar a cabo los planes de conquista mundial acariciados por Hitler, ahora que tiene en sus manos el corazón eurasiático y asegurarse, el dominio de la Isla Mundial, de la teoría geopolítica de Hauschofer, pueden muy bien cambiar su política hacia Alemania. Esa fué la política de Lord Lansdowne, al terminar la primera guerra. El persuadió a los aliados de que no aniquilaran a Alemania por completo, sino que dejaran un país capitalista manejado por los junker para que sirviera de baluarte contra la marcha occidental del bolscheviquismo. Más tarde, Chamberlain y los Cliveden Set favorecieron el Tercer Reich de Hitler, por la misma razón. Si las “intuiciones” de Hitler no lo hubieran llevado al desastre, actualmente podría estar presidiendo cómodamente la suerte del estado alemán y Mussolini podría seguir siendo aún el gran dios payaso de Italia. Quizá el apoyo concedido por ingleses y americanos a los antiguos —y actuales— fascistas, en Italia y en España y el hecho de que estén colocando en los puestos oficiales de la Alemania conquistada a reconocidos nazis, sea una medida preventiva que considere esa eventualidad. Estos serían los únicos hombres que pudieran resistir la absorción rusa en la Europa occidental y meridional, si la agresión soviética en esta dirección obligara a Inglaterra y a los Estados Unidos a revisar su anunciada política de establecer un control democrático en los países redimidos y de reducir a Alemania a la impotencia. Debe haber alguna explicación lógica de las prácticas tan altamente contradictorias de los aliados occidentales, por lo que hace al control interno de los países liberados que no han caído todavía bajo la influencia rusa. Esta es la única hipótesis que actualmente parece tener algún sentido.

Pero si es esa la política de los dos aliados occidentales, no tiene probabilidades de triunfar. Debe haberse elegido como un juego desesperado para controlar lo que probablemente consideran como una situación política precaria. Solamente podrá hacerla triunfar la futura conducta de Rusia. Si Rusia se vuelve reaccionaria económicamente, al mismo tiempo que autocrática políticamente, los estados pequeños del occidente y del sur de Europa, preferirán el tutelaje de Inglaterra. Pero, si no es así, es de esperarse una revuelta de las masas liberales y radicales de esos países, contra los gobernantes reaccionarios, en la cual Rusia representaría el papel de libertadora. Dicha gran revolución, fomentada por Rusia, en la Europa controlada por Inglaterra traería inevitablemente como consecuencia el final de la influencia británica en Europa y después, el fin de la existencia independiente en Inglaterra. Aun cuando Rusia se volviera reaccionaria en todos aspectos y construyera un imperio neozarista, una Alemania reconstruída podría considerarla como protectora más aceptable que Inglaterra. El odio popular hacia Inglaterra en Alemania es profundo y los nazis, ocultos temporalmente a causa de los resultados de la guerra, probablemente encontrarán un apoyo en los exnazis a quienes los aliados occidentales están colocando en el poder. Si la política secreta de los aliados occidentales es la que nosotros hemos bosquejado en estas líneas, a título de suposición, debemos decir que es ciertamente un juego desesperado con muy pocas probabilidades de éxito. Dicho programa difícilmente podría ofrecer una solución permanente al crítico problema de la existencia continua de los Estados Unidos e Inglaterra.

Probablemente no haya una solución venturosa del problema que se le avecina a la Gran Bretaña. Ha sido la víctima de su propia política imperialista tipo siglo XIX. Llevó la batuta del superindustrialismo y de la concomitante política de expansión colonial. Esta política funcionó bien mientras pudo mantenerse un programa de comercio mundial libre y mientras no tuvo rivales de importancia en el terreno industrial, financiero y comercial. Pero ahora, todos los países que poseen materias primas y recursos naturales se están industrializando rápidamente y, algunos de ellos han alcanzado ya un poderío comercial superior al de la misma Inglaterra. La guerra no ha hecho otra cosa que destruir la soberanía financiera que ejercía Inglaterra sobre el mundo. En el futuro, la Gran Bretaña ya no podrá competir económicamente con las grandes naciones agrícolas que poseen también recursos naturales superiores para la industria. Su sobrepoblación, originalmente alentada por la superindustrialización, es ahora

una enorme desventaja social y económica. Su política imperialista, a la que debió su grandeza en el siglo XIX, será la causa de su ruina económica en el XX. Los acontecimientos políticos en el terreno de los imperios continentales, amenazan con completar la caída política del Imperio Británico, junto con el colapso económico del patrimonio nacional de la superindustrializada isla.

Como ya lo habíamos indicado el tipo de imperio colonial con fuerzas desparramadas no puede competir con el imperio continental mucho más sólidamente basado. El imperio colonial fué solamente un producto derivado de las primeras etapas de las revoluciones industriales y comerciales en una época de descubrimientos geográficos. Fué una válvula de escape para los productos manufacturados de una nueva tecnología industrial surgida a causa de la creciente sobrepoblación. Los descubrimientos geográficos han terminado. Las ventajas de la posición geográfica inglesa en relación con el comercio mundial, se están deteriorando rápidamente, a medida que éste va perdiendo su carácter atlántico para convertirse en un tráfico interoceánico. La ventaja diferencial británica en el costo de la manufactura está desapareciendo también con la industrialización de otros países mejor provistos de materias primas y de recursos naturales y se está convirtiendo rápidamente en una desventaja diferencial. El golpe final al tipo de imperio colonial ha sido asestado por la nueva tecnología de los transportes y las comunicaciones y por las crecientes ventajas que significan las enormes reservas de fuerza humana que no sobrepasen los límites de lo que pueden sostener la agricultura doméstica y los recursos naturales. Estas son las razones por las cuales el Imperio Británico está condenado. Una a una sus más grandes colonias han ido retirándose de Europa, cultural, económica y políticamente. Nosotros fuimos los primeros en separarnos. Los demás abandonarán el barco cuando esté a punto de hundirse. Algunos querrán tal vez una alianza con nosotros. La misma Inglaterra puede buscar el amparo de las alas de nuestra águila, en posición subordinada. Esto seguramente que le caería muy mal a la clase dirigente inglesa, pero tendría que aceptarlo.

¿Pero, podríamos nosotros manejar un disperso imperio mundial mejor que Inglaterra? Quizá no pudiéramos hacerlo ni siquiera tan bien como ella, especialmente si constituía una débil federación. Y no es probable que ni los dominios ni las islas metropolitanas británicas aceptaran un imperio reorganizado en esta forma, más que a condición de que conservaran la mayor parte de su soberanía y su control independiente y esta es una época

en la cual el control totalitario es esencial para el éxito en la guerra total, por repugnante que dicho control resulte para el espíritu democrático. Hitler ganó sus victorias iniciales gracias a ese tipo de control y si fracasó al fin, no fué por dificultades políticas, sino por falta de materias primas y de gente. Rusia aprendió bien esta lección y por eso es y seguirá siendo, un país totalitario. Un imperio esparcido, débilmente reunido como federación voluntaria no podría competir con un imperio continental compacto, reunido bajo un control totalitario y manejado con mano de hierro. Ni el Imperio Británico, ni un disperso Imperio Británico-Americano tendrán ninguna probabilidad de impedir el desarrollo de los imperios continentales y todavía menos, contra un imperio que tenga las grandes ventajas económicas, industriales, demográficas y geográficas, del Imperio Ruso, como ya se ha indicado en este artículo.

Queremos analizar desde luego una objeción a nuestro análisis de la situación de la post guerra, aun antes de que dicha objeción se presente. Los optimistas crónicos y los partidarios decididos del Imperio Británico-Americano, seguramente que discutirán la suposición de que el imperio continental ruso tenga intenciones de luchar por la supremacía en Europa o por el dominio del mundo. Si esta suposición está equivocada, entonces no habrá razón alguna para que se forme el Imperio Británico-Americano, ni tampoco para que la Gran Bretaña busque la protección de los Estados Unidos para sostener su posición como imperio. Si Rusia no es una amenaza para el Imperio Británico y si los aliados occidentales no están poniendo la base para una alianza nazi-fascista en la post guerra, a través de su política de dejar en el poder a los nazis y los fascistas en los países "redimidos" y en España, entonces no habrá en Europa ninguna potencia que dispute a Inglaterra su derecho a existir como unidad política independiente. En otras palabras, si Rusia y los otros aliados, va a vivir de acuerdo con la Carta del Atlántico, la Gran Bretaña puede vivir en paz y los Estados Unidos se verán libres de la intolerable y ruinosa carga de financiar y pelear en una guerra europea en defensa de la "democracia", la "libertad" o cualquier otro lema que atraiga a las masas en el futuro. Para lograr la aplicación de los principios de la Carta del Atlántico fué para lo que luchamos en la guerra y todavía tenemos la esperanza de que nuestros esfuerzos no hayan sido vanos. ¿Pero, los acontecimientos pasados y actuales pueden, razonablemente alentar esta esperanza?

En este artículo hemos sostenido el argumento de que, bajo las actuales circunstancias es imposible conservar dicha esperanza. Solamente podría

obtenerse esta solución pacífica de los problemas políticos y económicos del mundo si todos los países tomaran inmediatas y enérgicas medidas para limitar su población de acuerdo con el alcance de sus recursos naturales. Esa sería la única forma de que pudiera abandonarse la política imperialista, impuesta por la superpoblación y la superindustrialización. Tendría también que realizarse un tercer cambio revolucionario: el motivo de la ganancia privada y la competencia individualista habría de subordinarse al interés público, entiéndase bien, no abolirse, pero subordinarse siempre a las consideraciones de beneficio común. Habría también que resolver un cuarto problema: los hombres tendrían que aprender a encontrar la recompensa a sus excepcionales habilidades como organizadores y directores en el servicio cívico público y no en las dictaduras. Esto presupone una aptitud especial del público democrático para reconocer y recompensar los servicios excepcionales prestados al estado. Mientras reyes inútiles y políticos inconscientes ocupen el poder público en tanto que los hombres capaces y ambiciosos no encuentren otra manera de que se reconozcan sus méritos que a través de la revolución y mientras el hombre común no pueda obtener justicia del sistema social existente, seguiremos teniendo revoluciones y dictadores, algunos de los cuales hubieran podido ser buenos servidores del público. ¿Piensa alguien que las poblaciones del mundo, en un futuro próximo, serán contenidas dentro de los límites de los recursos alimenticios y generales de sus países? Sacerdotes, militaristas, políticos, industriales y sentimentales —todos en beneficio de sus propios intereses y en contra del bienestar público— se opondrán a que se establezcan limitaciones a la población, aunque eso traiga como consuecencia la destrucción de sus propios países. ¿Se abandonará la política imperialista; se subordinará el provecho privado al interés público; será la justicia social tan amplia y satisfactoria que las revoluciones y los dictadores ya no tengan razón de existir? Seguramente que no, mientras no estemos en Utopía. El comunismo ruso que prometió todo eso, no lo cumplió. Y, hasta que no se realicen, la necesidad de la expansión nacional no puede desaparecer y las guerras continuarán, aun cuando lleguen a destruir toda la civilización. La guerra, —a la cual nos hemos lanzado dos veces en el curso de una generación en nombre de la democracia y la libertad— no puede resolver estos problemas y traer la paz. Esos motivos de guerra pueden solucionarse mejor en épocas de paz. Pero, ¿se han estipulado estas condiciones en los planes para conservar la paz que se formularon en San Francisco? Esas son las verdaderas causas internas de la guerra y no podrá lograrse una paz permanente

hasta que no se resuelvan dichos problemas. Los simples acuerdos internacionales que se realicen en el futuro, sin tener en cuenta estas condiciones, no serán respetados más que la Carta del Atlántico o que las Cuatro Libertades.

No nos engañemos a nosotros mismos. A menos que los hombres pongan todo su corazón y su entendimiento en la resolución de estos problemas, nos dirigimos, no sólo hacia la Tercera Guerra Mundial, sino hacia muchas otras guerras, hasta que todo el mundo quede convertido en una sola unidad política, en un imperio unificado. Entonces y sólo entonces, la presión de los intereses comunes obligarán a los hombres a unirse para solucionar sus problemas sociales, económicos y políticos fundamentales. Pero, el que dichos problemas sean resueltos satisfactoriamente dependerá, aun sobre la base de un imperio mundial, cuando ya no existan países extranjeros a quienes atacar, de que dicho futuro imperio sea una democracia y no una autocracia controlada por una clase dominante. ¿Quién puede asegurar que el hábito de atacar a las otras naciones a través de las guerras no se convierta en la costumbre de atacar a las clases subordinadas, en un imperio mundial dominado por una clase totalitaria y rapaz?

¿Cuál, pues, debe ser la política de los Estados Unidos, después de esta guerra? Esta pregunta necesita una respuesta, especialmente si los aliados no se mantienen unidos por un programa que asegure la paz mundial. Hasta ahora, a pesar de todo lo que hemos dicho y pesando sobre los resultados de la conferencia de San Francisco, no ha sido así. Tampoco hay la menor indicación de que los hombres que formularon ese llamado plan de paz tengan ni la más remota idea de cuáles deben ser las condiciones necesarias para una paz duradera. Ponen su confianza, hasta donde llegan sus esperanzas de mantener la paz, en las convenciones diplomáticas y políticas que, según demuestra la historia, apenas si valen lo que el papel en que han quedado registradas. Tratan de reforzarlas con el apoyo de acuerdos y convenciones económico internacionales, simples aparadores externos que no pueden ser efectivos a menos que se solucionen las causas internas de guerra. Ven solamente los síntomas superficiales y no las causas sistémicas de la enfermedad. Las enfermedades no se curan haciendo desaparecer los síntomas, y tampoco puede asegurarse una paz permanente con los tratamientos sintomáticos propuestos por las Naciones Unidas y que ni siquiera son sinceramente apoyados por todas.

¿Deben volverse los Estados Unidos hacia el aislamiento? Se ha dicho que con una mínima parte de lo que se ha gastado en esta guerra, podrían

haberse fortificado en tal forma que resultaran inexpugnables, sin haber perdido un solo soldado. Como quiera que sea, todo el que piense seriamente comprenderá que los rumores sobre un bombardeo a nuestro país por medio de robots o de ataques aéreos en masa, a través de un océano de tres mil millas de ancho, no son más que ecos de un terror histórico. Si los Estados Unidos controlan las regiones próximas —Islandia, Groenlandia, Alaska y el Caribe— y mantienen una fuerza aérea y submarina poderosa, no será posible que otra potencia pueda realizar una invasión venturosa de nuestro territorio, sobre la base de la tecnología conocida hasta ahora o previsible. Las tecnologías de control de la tierra, necesarias para el establecimiento de los imperios continentales, ya se han desarrollado y dichos imperios se establecerán en el hemisferio occidental. La solución, pues, para nuestro problema, no es el aislamiento ni tampoco el establecimiento de un imperio mundial desparramado que comprenda y proteja los dominios británicos. Consiste en procurar la formación de potencias continentales en el mundo occidental que sean capaces de defenderse contra cualquier ataque futuro de parte de otros imperios continentales cuando la tecnología haga posible, por su desarrollo, los ataques a través de los grandes océanos.

La Conferencia de Chapultepec, en la ciudad de México, se mostró muy favorable a este acercamiento de las repúblicas americanas.

En la conferencia de San Francisco ya se dieron pasos importantes en este sentido. Los detalles de dicha reunión de fuerzas se irán fijando gradualmente bajo la dirección de estadistas prudentes, si es que los hay. Tal vez fuera suficiente, como punto de partida, una federación de todos los estados americanos, con una especie de consejo ejecutivo central y con una secretaría conveniente. Pero es muy importante que los miembros de dicha unión sean estados organizados en forma democrática para que pueda confiárseles el mando y dirección de las masas de sus pueblos. En vista de esto, es muy lamentable que todos los intentos para eliminar las dictaduras y los gobiernos fascistas en las Américas sea desalentados por nuestro departamento de estado y que la democracia haya recibido tan poco apoyo en San Francisco.

Si los Estados Unidos abren los ojos en el futuro próximo, volverán la vista a las Américas y buscarán una unión mutuamente satisfactoria de todas las potencias americanas, en vez de mandar su dinero y sus dólares a través del Atlántico en un tercer e infructuoso ensayo de dominar una situación que no puede ser dominada. El interés de los otros estados ame-

ricanos es el mismo. Esta masa defensiva de potencias continentales americanas no asegurará una paz duradera para todo el mundo. Nada que no sea Utopía —es decir que no posea las cuatro condiciones básicas presentadas en este artículo—, podrá asegurarla. Pero sí nos podrá asegurar contra ataques extraños durante muchas generaciones y quizás indefinidamente.